

Martí, pensador⁵⁵

Humberto Piñera

Debo a la Universidad de Oriente y en especial a su Departamento de Extensión y Relaciones Culturales la honrosa oportunidad que de nuevo me permite hablar ante ustedes. Pero a la indiscutible gratitud de mi parte se une en este caso algo tan importante al menos como aquella, y es, señoras y señores, el sentimiento de responsabilidad que implica, para quien conoce el valor y las consecuencias del pensamiento y la palabra, referirse a un aspecto de tanta significación en la personalidad de Martí como es el del pensador. Y, por si fuera poco, en el centenario de su nacimiento y en medio de una situación sin duda harto delicada, en la cual apenas si es posible atenerse a algo que no sea la mera conjetura. Pues el estado de cosas que prevalece en el mundo, del cual nuestra circunstancia local y cotidiana es recordada expresión, nos lleva a creer, con Pascal, que “la verdad está tan obnubilada en este tiempo y la mentira está tan sentada que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla” (*Pensamientos*, 864). Quizá si, porque, como dijera Pablo de su época, “los hombres tienen cautiva a la verdad” (*Romanos*, I, 19). En tales dificultades, se hace indispensable que actuemos con el mayor rigor posible y movidos por el afán de la máxima objetividad, para que nuestra meditación acerca de la condición de pensador en el Apóstol no se vicie de excesos de pasión por lo que deseamos o por defectos de comprensión de lo que, aun cuando se manifieste en contra nuestra, debe ser analizado, por esto mismo, con mayor serenidad aun si cabe.

⁵⁵ Conferencia pronunciada el 26 de marzo de 1953.

A la pregunta de si es Martí un pensador, no podría nadie dar respuesta ni afirmativa ni negativa, si antes no logra ponerse en claro acerca de lo que es realmente un pensador. Sé que muchos fruncirán el ceño en señal de inconformidad con esta observación, pero adviértase que la misma no pasa de ser lo que es: una observación. Para tranquilidad de los inconformes, debo adelantarme a significar que, en mi concepto, Martí es todo un pensador. Pero, ¿por qué y cómo? Pues el mínimo de rigor exigible a quien trata de sostener una afirmación, supone que se le sustancie con las debidas pruebas.

El pensador y el filósofo

En primer lugar, hay que fijar con la máxima claridad posible la verdadera naturaleza del pensador. Tomemos, para comenzar, un caso, el del filósofo. ¿Es realmente el filósofo un pensador? Creo que nadie podría poner en duda la identidad del filósofo con el pensador. Pero, ¿cabría decir lo mismo a la inversa, o sea que todo pensador es filósofo? No creo que pudiera nadie atreverse a tanto. Y no es que se trate de una cuestión bizantina provocada por una confusión terminológica. No. Es que existe una profunda y decisiva diferencia entre el filósofo y el pensador. Como igualmente entre el filósofo y el hombre de ciencia, o entre el filósofo y el esteta, etc.

¿Qué distingue, pues, al filósofo del pensador? Sin duda alguna el hecho de que hay una universalidad y abstracción radicalísimas, que es exclusivo patrimonio de la filosofía, de tal manera, que al filósofo no puede ni debe importarle nada la definitiva solución de los problemas a los cuales se consagra con la resuelta decisión del que está de antemano convencido de su imposible solución definitiva. Tal es el caso de Sócrates, de quien se dice —y muy bien dicho— que jamás dejó resuelto ninguno de los tremebundos problemas que él mismo suscitaba. Tal es el caso de Platón, cuya preferencia por lo mitológico no es, como ingenuamente apuntan los manuales de filosofía, un caso de personal predilección por una forma literaria (pues, además, el mito no es un elemento formal, sino un contenido concreto), que expresa el convencimiento del filósofo acerca de la imposibilidad de trascender la limitación que al hombre

imponen la experiencia sensible y la razón. Como asimismo es el caso de Descartes, de Husserl y Heidegger. El pensador que es el filósofo se fija, pues, por meta lo inaccesible y por principio inacabable, porque su especulación se mueve en el plano de las más rigurosas abstracciones, más allá de toda posible referencia a lo concreto. Y aun cuando esto último aparezca en la obra del filósofo, es siempre ocasional y como el puente que permite pasar a la otra orilla, a la de la realidad por esencia irreal, donde toda medida tiene su límite máximo y a la vez mínimo; donde se anula y desaparece toda contradicción; el plano de lo ideal y por lo mismo irrealizable y en donde todo ha de ser concebido *sub specie aeterni*.

El pensador que es todo filósofo tiene, pues, que apuntar en su especulación a la utopía, que no en vano han sido las mejores utopías las concebidas por los filósofos. Pues la radical absolutidad y universalidad de las exigencias del pensar filosófico no permiten la menor condescendencia hacia la realidad en la cual actúan el poeta, el artista, el hombre de ciencia o el político. Para que esto último fuera posible en el caso del filósofo, tendría este que prescindir de su materia prima —el ser, la sustancia, la verdad, la belleza, el conocimiento del conocimiento, etc. Pero todos con mayúsculas, o sea en su plenaria manifestación respectiva. De aquí que la realidad buscada por la filosofía no sea la de este o aquel ente, sino toda y sin embargo ninguna en particular; como asimismo que la verdad a que aspira no sea la de la ciencia, o la del arte, o la de la moral, etc., sino la Verdad. Y lo mismo cabría decir de la belleza, o de la moral. Todas y sin embargo ninguna.

La diferencia fundamental que separa al filósofo de cualquier otro tipo de pensador es, pues, la que consiste en esa radicalidad de la exigencia pensante, que lleva inevitablemente al filósofo a abstraerse de la realidad. No hay, en consecuencia, como ocurre en el caso del filósofo, una utopía tan exagerada cual la que sustenta el pensamiento filosófico.

Si todo esto es así, no cabe duda que entonces el pensador no filósofo podría ser caracterizado como aquel tipo de hombre que sí participa en cierta medida de la realidad. Tal cosa es, en mi concepto, indiscutible. Pues todo otro tipo de pensador que

no sea el filósofo, participa en alguna medida de la realidad en la cual ha de asentarse para producir su obra cogitativa.

¿Qué realidad, diremos entonces, es la que maneja el pensador no filósofo, con la cual tiene que contar para su obra? Señalemos, por lo pronto, que el pensador no filósofo encara siempre en su labor de pensamiento alguna forma sustante de la realidad cotidiana. Tal es el caso del gran poeta (el caso de Homero, o de Dante o de Goethe), como igualmente del escritor (Cervantes, Shakespeare, Dostoyewski), del hombre de ciencia (Galileo, Newton o Einstein), del esteta y el historiador, etc. No es que en todos ellos deje de manifestarse el afán de infinita perfección, que se trasunta en la idealidad a que aspira cada una de esas manifestaciones. No. Pero hay un límite, por el cual quedan todas esas obras de la parte de acá de la realidad. Don Quijote, si bien es cierto que en alguna medida es un ente irreal, no es menos cierto que lo es real en mayor medida. Como ocurre con el doctor Fausto, o con Raskolnikov, o con el plano inclinado de Galileo, o con las leyes gravitatorias de Newton, o con las formulaciones estéticas de Lipps. Aspiran —¿qué duda cabe!— a su plena confirmación en la inmutable serenidad y en el equilibrio de lo ideal (fórmulas, leyes, principios, normas), pero, en primer lugar, arrancan siempre del mundo real, de nuestra realidad *hic et nunc*, de cuya textura son una porción; y luego, si bien pretenden idealizarse, que es como decir justificarse a plenitud, conservan su real origen y su configuración espacio-temporal. De ahí que las sintamos como algo que forma parte de nuestro ser constitutivo, puesto que están hechas con la estofa misma de nuestra dramática circunstancia cotidiana.

Lo dicho hasta ahora permite, según creo, ver claramente que si bien el pensamiento no filosófico participa en cierta medida de la aspiración a la radicalidad y universalidad de lo ideal absoluto, conserva, sin embargo, en considerable proporción, el vínculo con la realidad inmediata. Su finalidad de perfección es, por consiguiente, más reducida, sin que esto implique inferioridad alguna en cuanto al noble propósito de alcanzar a plenitud, si tal cosa fuese posible, la perfección sumaria de lo ideal. Lo que sucede, según creo, es que el pensador no filósofo aspira tal vez más a idealizar lo real (mediante el contraste de ambos

reinos) que a realizar lo ideal (como parece ser la pretensión excesiva del filósofo). Y es esto lo que confiere a la creación del poeta, del escritor, del historiador y hasta del hombre de ciencia esa impresionante característica de una realidad que aparece transida por el intenso fulgor de lo ideal. Se trata siempre de una realidad a la cual podemos conocer precisamente porque es real —es *res*, alguna cosa—, pero que ya no se muestra simplemente como lo real primario que era, sino transfigurada por su proximidad a lo ideal. Así, don Quijote y Fausto son nuestra realidad y no lo son, pues son tanto lo que somos y no debemos ser, como lo que no somos y debemos ser. Y la ley y su fórmula correspondiente del plano inclinado de Galileo es y no es nuestra realidad, porque los cuerpos caen y no caen a la vez según la genial disposición “realizada” por el físico pisano. Y de aquí también la impresión que nos produce cualquier pensamiento de Martí. Cuando leemos que “el deber de cada hombre consiste en estar allí donde es más útil”, sentimos que un escalofrío nos sacude, pues o bien tenemos la certeza de no estar donde debemos, o tal vez no sabemos a ciencia cierta cuál debe ser nuestro puesto. En cualquiera de los dos casos, la realidad se nos aparece transparentada por la inmutable serenidad de lo ideal. Es algo real que apunta insistentemente a lo ideal, pero que no se puede realizar decisivamente.

Tal es, por consiguiente, la naturaleza propia del pensador no filósofo. Es el hombre que se mueve desde el plano de la realidad inmediata hacia el de la pura idealidad, pero que conserva siempre la mayor porción de lo real como asiento de su propia especulación. Hay, entonces, en el pensador no filósofo, un mayor sentido de la realidad, puesto que él aspira a expresar en su obra la realidad inmediata a través de lo ideal. De aquí, también, que el pensador no filósofo, si bien admite la necesidad de contar con lo real y pretende justificarlo en lo posible con el concurso de lo ideal, se pone a sí mismo un límite en lo que respecta a la condescendencia con lo real. Aceptar lo real y aspirar a transfigurarlo en lo ideal, no significa para el pensador no filósofo que deba aceptar sin más toda realidad. Por el contrario, donde lo ideal no pueda encajar en alguna medida en lo real, de modo que esto aparezca modificado por aquello, estará de más el pensador. Tal condición es la que diferencia a Homero

de un vulgar versificador ripioso, o a Dostoyewski de un Felipe Trigo, o a Martí de un *politician* verboso y sin escrúpulos. Pues, para el pensador no filósofo, estar en la realidad no es simplemente permanecer en ella. Como a don Quijote, al pensador no filósofo siempre habrá de importarle mucho más el camino que la posada.

Y es esta última diferencia, que he traído intencionadamente en este punto, la que en forma radical distancia al pensador no filósofo del político. Esta es otra de las distinciones que creo indispensable en mi trabajo, sobre todo ahora, en que, con motivo del centenario del Apóstol, al tiempo que su egregia condición pensadora sube tan alto, la profesión del político desciende tanto entre nosotros.

El pensador no filósofo y el político

Pero, ¿qué es un político? Creo que la definición de este tipo humano es válida para todos los tiempos y no importa el lugar. Ya Aristóteles y Maquiavelo nos han hecho ver, de manera profunda y convincente, qué es ese congénere nuestro dedicado a una de tantas profesiones como las que practican los hombres. Pero ha sido Ortega y Gasset el que, a mi modo de ver, ha dado la definición más certera del político. En efecto, para el gran pensador español, el político es el hombre que aspira, no a entender las cosas, sino a utilizarlas. Además, nos dice, el político miente profesionalmente, tiene que hacerlo, pues de otro modo se vería imposibilitado de contar con la realidad inmediata y ponerla a su servicio, a cambio de transigir con ella. El político, pues, no pretende, como el filósofo, la realización de lo ideal absoluto, ni como el pensador no filósofo la idealización de lo real. No. Aspira simplemente a realizar lo real, es decir, a hacerlo aún más real si cabe. Seguir el camino del filósofo o del pensador equivaldría, en el caso del político, a la persecución de la verdad, de la belleza o del bien, dejando en este empeño una considerable parte de lo real, o lo que es lo mismo, volviéndose resueltamente contra la realidad a cuya idealización se aspira. Pero al político no le interesa la obra, sino su inmediato resultado en el medio en el cual se produce. La habitual incomprensión que rodea la gran obra del filósofo y la del pensador, como la del artista, se-

ría segura sentencia de muerte inmediata para la empresa del político. Por eso ha de renunciar a explicar nada y a resolverse a mentir en todo. Pues el político no aspira ni a adelantarse a su tiempo ni a retraerse de él, sino a cabalgar victorioso en la cresta de la ola del momento que le toca vivir. Decididamente la verdad, la belleza y el bien son quizá dones demasiado excelsos para la finalidad del político.

Desde luego que tampoco debemos ser excesivamente implacables con el político y su peculiar *modus operandi*, pues no puede faltar en el mundo alguien capaz de mandar, y esta misión está inevitablemente reservada al político. El arte de gobernar será siempre un arte de realidades, en todo momento las más ásperas e ingratas, y el político deberá en cada ocasión sacrificar lo ideal a la realidad, el deber-ser a lo que es tal como se presenta. Pero, por esto mismo, el político está incapacitado para ejercer la augusta función del pensador. Y si en algunas ocasiones un pensador ha actuado como político, sin duda que se ha visto obligado a desviarse del menester delicado del pensamiento para vacar a la función congruente con la política.

Lo que se acaba de expresar implica, por consiguiente, que el político jamás puede dejar de vivir y actuar en puro presente. La futuridad de esa traza ideal que se muestra en la obra del pensador, resulta inencontrable en la política, ya que, si así fuera, entonces lo político alcanzaría un plano desde el cual no es posible solucionar problema alguno de la inmediata realidad cotidiana. Y aquí reside, sin duda, el secreto de la ingeniosa sentencia orteguiana. En efecto, el político no se puede entretener en la explicación de las cosas con las que debe contar en su función como tal político, sino que deberá utilizarlas, es decir, considerarlas como instrumentos de provecho, de beneficio para sí y para los otros, en fin de cuentas: como útiles, que son siempre las realidades más inmediatas de que es posible dar noticia. La aleccionadora posibilidad de una superación, como resultado del contraste entre lo real presente y lo ideal en cierto modo alcanzable, y que es la esencia misma de la obra del pensador, carece de sentido para el político.

No se me oculta la objeción que constituye el caso de los llamados grandes políticos, pero creo que son justamente estos

los que personifican en grado eminente la tesis a que acabo de hacer referencia. Pues en la obra del gran político, si bien en el orden práctico queda siempre un resultado que es a veces asombroso por lo positivo y beneficioso para su pueblo, es siempre a base de muy poderosas realidades y con flagrante violación de toda norma ética, ya que se realiza en cada ocasión mediante el desconocimiento de los derechos y el respeto a las determinaciones de los demás, sean hombres o pueblos. César, Richelieu y Bismarck representan a la perfección el caso del político en su plenitud de talento y de adhesión a la circunstancia espacio-temporal, o sea con radical apartamiento de toda posible idealidad. Sócrates (en lo que resulta tangente a la política), Mazzini, Lincoln y nuestro Martí encarnan el tipo del pensador para quien lo ideal tiene que prevalecer sobre lo real inmediato y contingente, pues para todos ellos no se puede justificar la realización del presente sino por medio de un contraste con lo ideal que le sirve de estímulo superador y por esto mismo le hace mostrarse, más que como un hecho de la áspera realidad presente, como un proceso del cual cada uno de sus momentos es más bien etapa de un camino que aspira a culminar en la máxima perfección posible.

De aquí el peligro de una excesiva politización de un país, ya que la función política es inevitablemente mostrenca y siempre tejida sobre la urdimbre del compromiso y la ambición del poder. Esto es al menos lo que nos enseña la historia. Sin duda que la política es a la vez necesaria e inevitable, pero no debe constituir la primordial preocupación del grupo social. Y este es el caso de Hispanoamérica, donde cada quién siente y actúa más o menos ostensiblemente, como político. Si se observa con detenimiento la estructura de nuestros conglomerados sociales se comprobará que, en efecto, todos nosotros, en forma directa o indirecta, estamos sometidos decisivamente a las determinaciones de la política. Se dirá que en esto obran poderosas razones que establecen que sea así, y sin duda que tal afirmación es del todo admisible. Pero lo es en términos de lo que debe ser deplorado, pues la casi absoluta limitación de lo ideal en la política, hace de esta un género de actividad fundado en lo cotidiano e inmediato, transido de ambición y dominado por la pequeñez.

El pensador y el político en Martí

Y es aquí donde comienza realmente nuestra interpretación de Martí como pensador. Pues era indispensable una previa situación del problema, lo que solo podía conseguirse mediante el esclarecimiento de aquellos conceptos que forman parte del susodicho problema. Porque Martí ha sido a la vez pensador y político. Y esta simbiosis de ambas actividades en la excelsa personalidad del Apóstol y que hemos calificado de antagónicas, requiere una cuidadosa dilucidación con el fin de justificarla en la medida en que debe serlo.

Al leer detenidamente el pensamiento del Apóstol llama ante todo la atención el sentimiento de futuridad que lo recorre íntegramente. En efecto, cada línea de sus meditaciones parece concebida para ser realizada en un momento posterior, que se ofrece como inacabable nueva ocasión de mejora del presente.

Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento las entidades que el puntillo o el interés pudieran traer a choque; y ha de levantarse, en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce de todos.

“Desde sus raíces se ha de construir la patria con formas viables, y de sí propias nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no lo conduzca a las parcialidades o a la tiranía”. “Triste patria sería la que tuviese el odio por sostén...”. “La libertad ha de ser una práctica constante para que no degenera en una fórmula banal...”. Y así podríamos multiplicar las citas martianas en las cuales el sentimiento de una constante realización como constante proyecto de perfección deja ver claramente la porción de idealidad que fundamenta su pensamiento.

Pero, por otra parte, aunque orgánicamente vinculada a la anterior condición, aparece otra del pensamiento martiano, cual es la de su sentido ético. Y en este respecto el pensamiento del Apóstol es de punta a cabo de una irrecusable e insoslayable exigencia ética. Pues Martí no transige en momento alguno con

la circunstancia cotidiana, si esta —como es inevitable que así ocurra— va contra la pureza de lo ideal. Y es aquí donde viene a punto preguntar qué hubiera sido del Apóstol si en lugar de caer en Dos Ríos conserva su preciosa vida más allá del fin de la guerra. Sé que la reflexión es ingenua, pero ¿qué pregunta no lo es? ¿Cómo habría tenido que actuar Martí, una vez concluida la contienda emancipadora, para hacer realizable, al menos en parte, su glorioso ideario concebido, como se sabe, para los tiempos de paz, o sea a impulsos de ese sentimiento de futuridad a que ya se hizo alusión? Tal vez la respuesta pueda suministrarla la terrible y desalentadora lección de la historia. A respondernos saldrían de inmediato las sombras augustas de Jesús, Sócrates, Juana de Arco, Servet y muchos más. La realidad política, de todos los tiempos, devora a quienes osan oponérsele, y es solo a través de los vaivenes de la historia como va apareciendo, en su aleccionadora lucidez, el ejemplo del pensamiento concebido, como es el caso del Apóstol, a la luz de la eternidad.

El sentido ético, en el pensamiento martiano, constituye el sustrato fundamental del cual surge. Y este sentido se revela en cada ocasión envuelto en el ropaje de una austera aspereza. “Los pueblos dormidos, invitan a sentarse sobre su lomo, y a probar el látigo y la espuela en sus ijares”. “Es un crimen valerse de la aspiración gloriosa de un pueblo para adelantar intereses o satisfacer odios personales”.

En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan antes que todo su propio interés, bien sea el de su vanidad, o el de su soberbia, o el de su peculio; ni hay más que una raza superior: la de los que consultan antes que todo el interés humano.

.....

Un pueblo está hecho de hombres que resisten y hombres que empujan: del acomodo, que acapara, y de la justicia, que se rebela; de la soberbia, que sujeta y deprime, y del decoro, que no priva al soberbio de su puesto, ni cede el suyo; de los derechos y opiniones de sus hijos todos está hecho un pueblo, y no de los derechos y opiniones de una clase sola de sus hijos; y el gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades,

bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no hay un solo derecho mermado.

Precisa leer estas últimas citas del Apóstol con el indispensable cuidado. ¿Qué político sería capaz de expresarlas y al mismo tiempo hacerlas valederas en la única forma posible, a saber, aplicándolas por igual a todos los hombres, sean o no de su partido; estén o no en su contra; le ayuden o no a escalar el poder? Confesemos, en honor a Martí, que tal no es, no podría ser jamás la actitud del político, de donde la blasfemia constante que ha sido, es y seguirá siendo la palabra y el pensamiento martianos en labios de quienes, por fuerza de la profesión que han escogido (me refiero a la política), han de sacrificar al personal interés y a la circunstancia inmediata el sentido ético que fundamenta dicho pensamiento.

Pero este sentido ético implica algo más decisivo todavía y es que el pensamiento basado en este sentido ético compromete decisivamente a quien lo concibe. No es que vayamos a contradecirnos en lo ya expresado acerca de que el pensador jamás accede a la realidad inmediata con prescindencia de lo ideal, o sea que transige decisivamente con el mundo exterior. No. Pero dentro de la categoría del pensador hay unas formas o manifestaciones del pensamiento que comprometen, más o menos terminantemente, a quien piensa con sus propios pensamientos. Así el poeta, o el novelista, o el hombre de ciencia, sin que dejen de rendir culto a la verdad para la cual viven, no se encuentran comprometidos con la responsabilidad implicada en su pensamiento como sí lo está el moralizador, el predicador, el conductor de pueblos de la estirpe de Martí. Pues los contenidos ideales de una obra poética (digamos la *Divina Comedia* o el *Paraíso Perdido*), o dramática (*Antígona* o *Hamlet*), o científica (*El origen de las especies* o la *Teoría de la relatividad*), podrán ser o no ser de inmediata realización por parte de su autor respectivo, y además este no tiene por qué hacerse solidario de los principios que sustenta en su obra más allá de lo que resulte probable según el caso. No hay, en consecuencia, un compromiso insoslayable. En cambio, en el pensamiento de Sócrates, de Jesús o de Martí el

contenido cogitativo forma una parte indiscernible de la persona de su autor, de tal modo, que sin el respaldo sin limitaciones a la obra de pensamiento esta sería absolutamente indiferente. Pensemos por un momento a Sócrates aceptando su evasión de la cárcel o la compra de su condena, como querían sus discípulos y las leyes áticas lo permitían. O a Jesús retractándose en la cruz. O a Martí rehuyendo el compromiso de hacer por sí mismo, con el riesgo máximo de su vida, lo que imponía a los demás a través de su pensamiento. Por eso viene a Cuba a morir por su libertad. Porque sabe, como todo iluminado, que en sí mismo se debe resolver lo que hasta ese momento ha sido formulación teórica, obra de pensamiento. Pues lo ético no admite la más insignificante concesión; por el contrario, requiere el respaldo de un ejemplo que pruebe cómo no ha sido simple formulación teórica, sino realización definitiva en el impar momento que el destino parece reservar al pensador de este rango.

No creo que ningún otro aspecto de los que forman la condición de pensador en Martí pueda alcanzar un nivel semejante al del sentido ético. Pues lo ético, casi que no hay que repetirlo, es la íntima proyección de cada quién, su inalienable e intransferible modo de ser, a diferencia de ese otro *ethos* que impone tal o cual forma de moral positiva, esta o aquella idea acerca de lo que debe ser y, en consecuencia, de lo que no debe ser. Mientras que lo realmente propio del *ethos* individual e irremplazable es esa interna determinación que acompaña nuestras decisiones y las lleva a resolver en relación con nuestro medio exterior, o sea con nuestra circunstancia. Ahora bien, respecto de las decisiones del *ethos* individual, cabe hablar de tres formas típicas y por lo mismo casi constantes, a saber: la forma de reacción del *ethos* frente a la circunstancia exterior, en la cual aquel sobrepone la circunstancia, o tal vez mejor el interés por ella, al deber-ser. Es el caso frecuente del egoísmo y de la apatencia de bienes materiales, que desgraciadamente prevalece en la mayoría de los casos. En segundo lugar, tenemos la forma de reacción que equilibra o trata de equilibrar lo interior y lo exterior, lo que dicta el deber-ser con la circunstancia exterior. Es el caso de quien no es egoísta ni tampoco ambicioso, pero resulta incapaz de un sacrificio. Y la tercera forma es la que subordina la circunstancia o el interés por esta al deber-ser, de modo que

este prevalezca, aun cuando, para conseguirlo, sea preciso sacrificar la circunstancia y la interioridad del sujeto a la llamada del deber-ser. Esta es la forma augusta que caracteriza al gran hombre que hace de su pensamiento trágica porción de su propio ser y, en consecuencia, culmina en el sacrificio de su propia vida, al convertir las ideas por las cuales muere en su propia carne y sangre.

Así procede Martí, por lo que su labor de pensamiento no podía tener otro desenlace que el que tuvo. Y de haber rebasado con vida la gesta emancipadora hubiera tenido que sufrir no solo la incompreensión de los demás, sino hasta la cárcel, el exilio y quién sabe si la muerte. Pues el profundo sentido ético, decisivo en su obra, y el sentimiento de futuridad de la misma, no hubieran ajustado con la complicada circunstancia que subsiguio a la terminación de la guerra. Tal como sucedió con Bolívar, San Martín, Lincoln y tantos otros a quienes no podía caber otro final que el inevitable en esos casos.

El contenido filosófico en el pensamiento de Martí

Es también un aspecto muy importante, que hemos preferido dejar para el final de este trabajo, el que se refiere al contenido filosófico de la obra de pensamiento de Martí. Quizá si el aspecto más delicado de cuantos pueden ser sometidos a discusión en su labor cogitativa. Pues, en primer término, hay que preguntar si en realidad fue Martí un filósofo. Y la respuesta tiene que ser forzosamente negativa: Martí no fue filósofo. No podía serlo, quien como él pretendía idealizar lo real —en la medida de lo posible—, pero jamás aspiró a la utópica pretensión del filósofo de realizar lo ideal. Se quiera o no, el filósofo intenta, siempre en vano, ese ingenuo juego que, según la despiadada ironía de Voltaire, consiste en “buscar en un cuarto oscuro un gato negro que no existe”. Porque, en efecto, esa es la angustiada empresa de toda filosofía, pues —como lo expresa el filósofo alemán Heidegger— “la metafísica hay que hacerla desde dentro”, o sea que solo con una resuelta decisión de apartarse de toda realidad, para sumirse en lo ideal, es que se puede hacer filosofía. Esto explica la tremenda desolación del paisaje filosófico, cuando se le contempla desde la cima ya empinada del

presente, a lo largo de ese trecho que comienza en Grecia en el siglo VII a. de C. y culmina, al menos por ahora, en nuestra época gris y turbulenta. Es, pues, la filosofía a modo de desierto paraje donde inútilmente ha intentado toda floración asentarse. El filósofo no puede, si toma en serio su tarea, aspirar a nada más que a confrontar lo real con lo ideal, sin que jamás le sea dable ninguna realización efectiva, en el sentido de que su obra quede “realizada”, es decir, convertida en hechos. Y sin duda que habrá de parecer extraño que todo esto sea dicho precisamente por alguien que ha puesto su vida al servicio de la filosofía. Sin embargo, es así, por lo que a la pregunta de si la filosofía ha dejado un positivo saldo en el mundo real, hay que contestar que no. Y a esto se debe que la mayoría de las gentes, las cuales no hacen filosofía, estimen que esta es completamente inútil, por lo que sería preferible prescindir de ella. Mas no vayamos tan lejos, pues la aparente inutilidad de la filosofía es su mejor justificación, ya que nos permite ver la realidad, en todo como en parte, a la luz de una peculiar comprensión que ningún otro conocimiento puede proporcionarnos. La idealidad de la filosofía, inencontrable en el resto de los saberes, es su propia sustancia. Y como lo ideal no es lo real —y parece que no es preciso un gran esfuerzo para comprenderlo—, la filosofía carece, en rigor de verdad, de entraña real.

Por otra parte, en todo pensamiento filosófico, aún en aquellos que parecen menos sistemáticos, hay siempre implicado un sistema. A veces ostensiblemente, como son los casos de Platón, Descartes, Kant y Hegel. A veces en forma implícita, como ocurre en Sócrates, Dilthey y Bergson. Pero la trama que constituye el *corpus idearum* con el cual el filósofo elabora una concepción del mundo y la eleva a la categoría de sistema, no falta en ningún caso. Y, en tercer lugar, la teoreticidad es otra *conditio sine qua non* del filosofar. Porque el filósofo, aun cuando toque temas de sustancia muy real, ha de hacerlo desde la absoluta y universal generalidad de las ideas o los conceptos, de modo que la edificación de su sistema o de su doctrina es irrecusablemente teórica, lo que quiere decir que no puede dejar de serlo.

Ahora bien, el pensamiento de Martí es sin duda un pensamiento que emerge de lo real y vuelve a él indefectiblemente, pues su razón de ser es siempre la mencionada idealización parcial de lo real. O dicho lisa y llanamente: a Martí jamás se le hubiera ocurrido formular un sistema filosófico a beneficio de inventario, o sea para su posterior corroboración *sine die*. Porque, además, en su caso no se trataba de hacer valer por la razón un conjunto de juicios sobre la realidad, sino de defender, con el calor de la creencia, aquello por lo que uno vive y muere. Esta es una esencialísima diferencia entre el pensamiento filosófico y el pensamiento de un hombre como Martí. Pues Descartes o Kant hubieran defendido, hasta cierto punto, lo que para sus respectivos fueros de la dignidad personal y humana, significase su filosofía; pero no se trataba, en el caso de ellos, de morir por la defensa de una teoría. En cambio, Sócrates, Juana de Arco o Martí sí tenían que dar sus vidas, no solo ni primordialmente por las ideas a las cuales servían, sino por algo más profundo y decisivo, a saber: por la creencia en que esas ideas se resolvían en última instancia. Y, además, porque no se trataba, como en el caso de los filósofos, de hacer prevalecer tal o cual consideración teórica sobre hechos reales, sino de elevar lo real inaceptable tal como a ellos les tocó confrontarlo, hasta la majestad de lo ideal. Pues cuando Descartes nos dice que hay dos sustancias —una pensante y otra extensa—, o Bergson afirma que el instrumento por excelencia del conocimiento es la intuición, podemos estar o no estar de acuerdo, sin que en ello nos vaya un real compromiso con nosotros mismos. Pero cuando leemos en Martí: “En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre”, sabemos que esto no requiere prueba teórica de ningún género, ni que da lo mismo que sea verdadero o falso en todo o en parte. Por el contrario, sabemos, porque lo sentimos, que ha de ser así, y que cuando se falta a la evidencia moral que es la entraña de esa sentencia, lo humano deja de ser categoría que nos pertenece.

Por lo mismo que el pensamiento de un hombre como Martí va siempre a la urgente instancia de lo real que clama por su eliminación o su mejora, no es posible encontrar en él un sistema. Y no es posible encontrarlo porque el sistema, ya lo dijimos, se edifica a base de ideas o conceptos, o sea con elementos

ideales. En tanto que el pensador como Martí tiene que descender hasta el suelo de las realidades cotidianas y tomarlas como elementos de su pensar. De donde la cómoda posición del filósofo frente a la incómoda del pensador que aspira a modificar en parte la realidad de la que arranca. En fin de cuentas, es la actitud de Sócrates frente a la de Aristóteles, la de Juana de Arco en contraste con la de Galileo, como la de Martí en relación con la de Voltaire. El maestro de Platón no pretende solamente justificar *per deductionem* un punto de vista de índole teórica, sino que defiende una cuestión de principios. Por eso muere por ella, en tanto que Aristóteles, quien sí ve los problemas de su tiempo *sub specie aeterni*, no vacila en dejar Atenas cuando la furia del populacho le señala con el dedo. Así también Juana muere en la hoguera por causa de una causa que era su propia vida, mientras Galileo se retracta, pues la teoría de que la tierra se mueve no es más que una pura cuestión teórica. Y a diferencia de Voltaire, quien pone pies en polvorosa cada vez que sus teorías filosóficas le concitan la inminencia de la cárcel o la muerte, nuestro Apóstol viene voluntariamente a Cuba para realizar en el sacrificio de su existencia el ideario por el cual se justificaba su vida.

Congruencia de la teoría y la acción en el pensamiento de Martí

Lo que se acaba de exponer sirve para explicar, según creo, la aparente paradoja del hombre a la vez teórico y de acción, como es el caso de Martí. Pues así como es posible la pura acción y el puro pensamiento, en el intermedio de ambas vitales manifestaciones se da el caso de la simbiosis de dichas dos humanas capacidades. Un hombre de puro pensar es Platón, o Aristóteles, o Descartes, o Dante, o Goethe, etc. Mientras que el hombre de pura acción es Alejandro, o Atila, o Gengis Khan, o Godofredo de Bouillon, etc. Pero hay el hombre que puede ser, y en efecto es, a la vez pensamiento y acción, como Sócrates, Jesús, San Francisco de Asís, Juana de Arco, Lutero, Lincoln o Martí. Hombre de pensamiento en cuanto se apoya en un ideario, en un programa ideológico, no importa ahora cuál sea su contenido religioso, político, social, etc., y en el cual se funda la acción que desarrolla

paralela al pensamiento. Un pensamiento que no se puede quedar en solo pensamiento, sino que se transforma en acción, y una acción que no es única y espontáneamente acción, sino que surge y actúa como la inevitable secuela del pensamiento. Y en esto se distingue la acción de este género de esa otra y simple acción del hombre que no tiene sino esto. Pues esta última, la pura y simple acción, es fuerza bruta desencadenada que obra a tenor de las circunstancias que la originan, mientras que la acción dimanante del pensamiento es la realización de la idea, su formulación práctica. Una acción consciente, diríamos, que sabe a dónde va, por qué debe ir al sitio a que se dirige, y procura detenerse prudentemente allí donde, de seguir avanzando, dejaría de constituir la acción inteligente para convertirse en ciego acontecer librado a su propio ímpetu.

Hay entonces, en conformidad con lo que se acaba de expresar, una filosofía en Martí, del mismo modo que es posible hallarla en Sócrates, en el Nuevo Testamento, en Lincoln y otros. Una filosofía implícita, es decir, concebida bajo la especie de un pensamiento enraizado en la realidad, pero que se levanta hasta transfigurarse con la lumbre de lo ideal. Pero no hay, no puede haber, una filosofía explícita, o sea en la forma de una elaboración sistemática de un pensamiento que es, en todo instante, puro pensamiento, rigurosa teoría.

Porque, en definitiva, la filosofía implica, en cierto sentido, un contenido y una actitud correlacionados ambos con la realidad inmediata donde todo filósofo prolifera. En el caso de la filosofía rigurosamente teórica predomina, por lo regular, el contenido. Esto es lo que sucede con Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant, Hegel, etc. En cambio, cuando el predominio corresponde a la actitud, nos hallamos en presencia de Sócrates, Séneca (pese a sus ostensibles fallas), Plotino, San Agustín, Pascal, Kierkegaard, Unamuno, etc. Y es claro que en ningún caso es exhaustiva la relación ni pretende establecer un criterio absoluto. Pero basta leer a Sócrates y a Aristóteles, a San Agustín y a Descartes, a Hegel y a Kierkegaard, para advertir a seguidas cuánto va en el caso de los filósofos actitudinales de aquello de la famosa apuesta pascalina.

Y próximo a la filosofía de la actitud se encuentra Martí. Su pensamiento deja ver el trasfondo filosófico, mucho más en la

intención fundamental, que en el contenido cogitativo, el cual, si lo consideramos filosóficamente, apenas si se manifiesta. Para Martí, el pensamiento es ocasión para un actuar que le permite justificarse a plenitud. Sin el implicativo de esa acción en la que se funda y se resuelve en última instancia su pensamiento, carece éste de significado. El pensamiento martiano nace, pues, de la acción y a ella vuelve, en un proceso interactivo cuyos dos aspectos son, en el fondo, una y la misma cosa.

La objetividad del pensamiento de Martí

Queda por hacer mención en este trabajo de la naturaleza eminentemente objetiva del pensamiento de Martí. Y sin duda que se trata de algo sobremanera importante, puesto que a pesar de ser un pensamiento proyectado en la acción y concebido con vistas a esta, ofrece, en la totalidad de sus manifestaciones, una rigurosa objetividad que deja ver, con admirable limpidez, el vigoroso sentido ético que lo fundamenta.

Si se toma uno el trabajo de anotar con cuidado las veces en que la forma impersonal aparece en la meditación del Maestro, veremos que se presenta en la mayor parte de ellas. “De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella”.

¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuelgue al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira: y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan a la justicia!

“Debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario...”. “Aplazar no es nunca decidir”. “¡No es un hombre honrado el que desee para su pueblo una generación de hipócritas y egoístas!”. “Apena ver insistir en sus propios derechos a quien se niega a luchar por el derecho ajeno”. Y así se podría seguir durante páginas enteras multiplicando las citas en las cuales no es Martí el que habla, en primera persona, como lo hace el político, el demagogo, el que aspira a poner a su servicio la credibilidad de los otros. Hay, por el contrario, un decisivo

tono impersonal, un austero apartamiento de todo personal punto de vista, de todo orgullo, suficiencia o vanidad.

Y, por el contrario, en las contadas veces en las cuales el Maestro emplea la forma de expresión en primera persona, vemos como lo hace en actitud humilde, cargada de cuidadosa discreción, como si en tales ocasiones se viera forzado a ponerse por delante, pero consciente de que esto puede desmerecer la fuerza adoctrinadora que persigue su pensamiento.

Ahora bien, importa destacar a este respecto que la impersonalidad u objetividad del pensamiento martiano proviene precisamente de su riguroso sentido ético, pues lo que ese pensamiento exhibe en su contenido no es de Martí más que en la forma, mientras que el *ethos* que lo engendra se identifica nada menos que con el propio deber-ser a que aspira ese *ethos* y por el cual se orienta. La impersonalidad es, pues, signo de la ideal objetividad que sirve de trasfondo al pensamiento del Apóstol. De modo que, no obstante haber sido expresado en un momento y un lugar determinados, o sea para una específica circunstancia (el proceso de nuestra independencia) sigue y seguirá teniendo vigencia. Rebasa, por consiguiente, como sucede con toda expresión de auténtico sentido ético, las limitaciones espacio-temporales, para permanecer como paradigma de formas de conducta aplicables, individual y colectivamente, en todo tiempo y lugar.

Y aquí el pensamiento de Martí empalma de nuevo con la filosofía. Pues la ética es filosofía de la conducta, o sea la busca en forma de expresiones ideales de lo que debe ser, pero que ¡ay! jamás puede llegar a ser. Pero la ética del ideario martiano no se queda reducida *in stricto* a la idealidad que implica la filosofía, sino que participa de lo real y lo ideal, o sea que se mueve entre ambos extremos. Sería pura ética el pensamiento del Apóstol si advirtiéramos en él una decisiva imposibilidad de realizarse, porque estuviera constituido por una estructura rigurosamente teórica, sin posible deslizamiento al plano de la realidad espacio-temporal. Pero vemos y sabemos que no es así. Por el contrario, la ética implicada en el pensamiento de Martí dimana de su contacto con la realidad a la cual pretende elevar de rango mediante el contraste con la norma ideal a la

que aspira a subordinar aquella. De aquí que nos sintamos directamente implicados en el pensamiento del Maestro tan pronto accedemos a su lectura. Realizamos, al hacerlo, la profunda e impresionante experiencia de que, en cierta apreciable medida, somos el problema inmediato y urgente que palpita en cada uno de sus pensamientos.

Conclusión

Tal es, señoras y señores, el resultado de estas modestas cogitaciones acerca de la indudable condición pensadora de José Martí. Pues en él floreció, con la excepcional lucidez que atestigua su meditación, ese privilegio que hace del hombre el primero entre todos los seres de la creación. Por el pensamiento se levanta el ser humano y también por él cae. Y la historia de la humanidad en su camino de perfección y de errores está decisivamente dominada por lo que el hombre ha sido capaz de pensar. Cuando lo ha hecho en el sentido de lo más noble y lo más justo, la capacidad cogitativa del hombre ha adquirido la máxima altura a que le es dable ascender. Cuando, por el contrario, su pensamiento ha sido mostrenco, egoísta e impulsado por los más innobles apetitos, ha descendido a los niveles más indeseables. Y en esto consiste la historia del mundo: en pensar alto o en pensar bajo. Y sospecho que en esto habrá de seguir consistiendo, si es que debe continuar el mundo y con él la historia.

Martí —¿será preciso decirlo?— pertenece al grupo de los que han sido capaces de pensar todo lo más alto posible. Y por eso su pensamiento exhibe las notas que hemos creído constitutivas esenciales de su obra cogitativa en general, a saber: el sentimiento de futuridad, el sentido ético y la impersonalidad u objetividad. Y solo cuando se es capaz de un pensamiento dirigido hacia la altura de lo ideal, aun cuando no sea necesario quedar decisivamente anclado allí, es que se puede reclamar la excelsa condición de pensador. Porque no importa todo lo que pese la fuerza, el pensamiento le aventajará siempre en lo que la fuerza jamás puede tener, es decir, en sutileza y perdurabilidad. Pues lo sutil siempre será más fuerte que todo lo fuerte que puede haber, como lo comprueba la ironía socrática, la mansedum-

bre cristiana y el desinterés del patriotismo al estilo de Martí. Y el pensamiento también siempre será mucho más perdurable que la fuerza, porque esta es materia, y como todo lo real está llamado a desaparecer. De esta manera, mientras Nínive, Babilonia, la Atenas de Pericles y Sófocles, la Roma de los Césares, no son más que borrosos recuerdos en el tiempo, el pensamiento dignamente perdurable de esas épocas subsiste en el presente y opera en este con una considerable parte de la eficacia que le caracterizó en el tiempo durante el cual hubo de surgir y actuar.

El Apóstol José Martí puede ser considerado, sin reparo alguno, entre los que la historia acredita como pensadores. Pues su obra cogitativa, caracterizada por las notas esenciales de todo gran pensamiento, así lo demuestra. Y a través del tiempo adquiere la fisonomía de lo intemporal, como efectiva constatación de que, por lo mismo que ese ha sido su origen, ha de permanecer en la intemporalidad que opera en el tiempo, o sea en la eternidad. Tal es la gloria irrecusable del hombre que supo morir para renacer en cada instante, con la única vida que jamás se apaga —la vida del espíritu.